

A veces decimos búfalo, y ya se sobreentiende que es al bisonte al que nos referimos, incurriendo en esa equivocación por lo atávicos que somos, porque los antiguos españoles, al encontrarse con el bisonte en América, los describen en sus cartas como búfalo; en aquellas cartas en las que, entre vulgares recuerdos á la familia, se cita por primera vez lo que aun nadie había visto en Europa: «hemos asado una cosa que se llama la patata, y que vosotros llamaríais «chuleta de huerta», ó «hemos guisado pavo, un animal extraño que vosotros comeréis dentro de algunos años todas las Nochebuenas», etc., etc.

El búfalo, como el bisonte, es de la familia de los cavicornios; pero se diferencian bastante.

El bisonte es el animal que recuerda á la fauna primitiva, y conserva el perfil que con admirable sobriedad le representa en las paredes de las cavernas. Es gracias á él que atisbamos silueta de lo remoto.

El europeo está casi extinguido, conservándose los últimos ejemplares en la selva de pinos de Atzikhov, donde los sostenía el gobierno ruso de los Zares.

¿Los sigue echando de comer el Gobierno soviético, ó los ha suprimido la pluma del chacal economista como «inútil burocracia salvajes»?

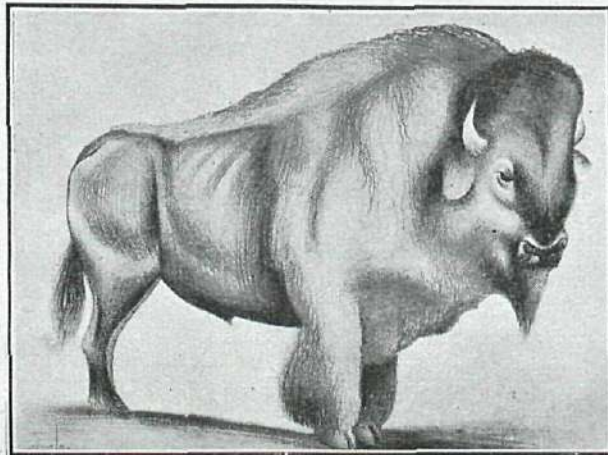
Yo no me canso de contemplar al bisonte, y me paseo á su alrededor como presenciando el oscuro amanecer del mundo, la primera parada del escampar postdiluviano ante el inmenso barrizal hirviente de fertilidades.

El bisonte está en actitud de quien sale de un dormir de siglos, entupido de légamos, con ojos turbios de primera aurora.

Quieto, reposado y seguro, es animal feroz que odia al tigre y le puede, y que sabe formar el círculo inexpugnable cuando la manada se ve atacada, encerrando en el centro del corro «mujeres» y «niños».

Merece la llamada litúrgica con que les festejan los habitantes de las márgenes del Missouri, para que baje á sus praderas á pastar, pues hay en él un escuchar lo lejano que es posible, como creen los mandanes de aquellas tierras bajas, que el bisonte atiende la invocación y descende al valle, prodigando carne y lana á los esperanzados.

ZOOLOGIAS EL BISONTE



En nuestros mismos parques parece estar atento á la llamada de los mandanes lejanos.

Observando al bisonte como quien quiere encontrar en el peñasco lo que vagamente quiere decir, se ve que es de ese tiempo en que una especie animal tiene todos los rostros y aparece entre sus confusos rasgos el de dios, el de hombre, el de camello, hasta el de sereno de las noches oscuras del mundo.

La gran cabeza del bisonte, en desproporción con su parte trasera de borriquillo, hace el efecto de que es un animal pequeño que se ha puesto una inmensa careta, la enorme carátula con perilla que tiene aire de haber estado en el frontispicio del palacio de los primeros filósofos.

La sorpresa de esa cabeza, en contraste con su cuerpecillo de novillo, se obtiene, sobre todo, cuando se le ve aparecer por la puerta de su guarida, y después se le ve desaparecer poco á poco, asomando sólo el cuerpecillo de cuadra de asnos.

Viene de tal noche de siglos, que no acaba ya

de desperezarse nunca, y permanece pensativo y entumecido como quien se ha levantado muy tarde, verdadero bohémio salvaje mal aseado, comida por la roña su piel en espectáculo lamentable.

En los días del frío, para hacer más imponente su mascarón, y revelando lo que de volcánico hay en el animal cuaternario, brotan de sus narices dos chorros de humo, en proporción divergente, dándole aire de hipogrifo y vitalizando la imagen incierta del dragón que echa fuego por las narices en la noche de las leyendas.

El bisonte atiende á pensamientos lejanos, y ve á los hombres vestidos con pieles en los alrededores de sus cuevas.

Si á los animales de este calibre se les pudiese dotar de objetivos de cristal como á los carros de las vistas, veríamos cosas extrañas en su interior, nostalgias talladas, poblaciones lacustres, muecas de seres en abrumadora soledad.

Gran toro que desprecia á todos los toreros, tiene la mirada baja, como cuando el toro se distrae en sus pensamientos que mirando la tierra, mientras todas las capas le llaman.

Se acuesta en tierra frente á los soles que pasan como esos bueyes desuncidos que han llevado las grandes carretas de piedra y al fin descansan sin coyundas y frontiles. El bisonte descansa de haber

traído los siglos en la carreta ya rota y vendida en el Rastro del pasado.

Se come sin apetito esa paja seca de embalar plátanos que le llevan al atardecer. La rumia lento, acordándose de los otros manjares de su buena época, como quien se sorbe una pelusilla de nada. Le engañan y abusan de él con esa comida pobre, pero él ha estado paciendo historia, recuerdos, praderas infinitas, en su ensoñación de todo el día.

Por su obligada sobriedad en su encierro sin pareja, saliendo y entrando en esa cabaña de la selva en que vive, parece un ermitaño triste.

Como padre y abuelo de todos los carneros y carabaos del mundo—el verdadero padre Noé de esas especies—contempla á las nuevas generaciones con la cabeza doblada, oyendo la repercusión de lo lejano por sus cuernecillos apenas apuntados, antenas incipientes, pero seguras.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Dibujo de Almada)

EMOCIONARIO PORTORRIQUEÑO

SENSACIÓN DE PATRIA

*Lluvia recién caída
lavó las montañas.
¡Qué olor á tierra mojada!
El arroyo canta
cuando pasa
entre las cañas.*

*De pronto, el alma
se llena toda de patria.*

*En el maízal, con el alba
canta la moza tan clara
como el agua
que ha lavado las montañas.
(El paisaje, azul y niño,
se amamanta en la mañana.)*

*El arroyo jugando
barranca abajo
con la paz de los plátanos
y los naranjos.*

*La moza cantaba un canto
como el agüita de fresco.
A mi ladito la traje:
¡nos sobró tanto sendero!*

*El sol daba besos de oro
al fondo del agua.*

*(Más hondos fueron mis besos,
que le llegaron al alma...)*

*El sol convirtió la arena
en estrellitas doradas.*

*(Evan más duros sus ojos,
húmedos de amor y lágrimas...)*

*Bebió esencias el jilguero
entre las flores.*

*(No lo envidié: bebí besos
en sus labios pobres...)*

*El aire se embalsamó
de nísperos y ciruelas.*

*(Yo,
con la fruta de su mano,
leve, tímida y morena...)*

*Tarde portorriqueña:
cielo dormido—miel y esmalte—
tierra que espera.*

*Hora de siesta,
brisas marinas, los cafetales
cuajando néctar.*

*La noche despliega el manto
de su misterio:
fiesta de astros,
ojos despiertos.*

*Entre albahaca y romero,
entre piñas y tabaco,
una décima á lo lejos
—la canción de nuestros campos—,
de la soledad consuelo.*

*Avanza, chirriando, el carro
tras los bueyes indefensos
bajo el yugo, cual sus amos;
y el jibarito, despierto,
pálido, triste, descalzo,
se duerme y sueña en su sueño
que ya no hay pueblos esclavos...*

*Distancia...
Olor á tierra mojada.
¡De pronto, el alma
se llena toda de patria!*

JOSÉ A. BALSEIRO